

El entramado.

El apuntalamiento
técnico del mundo

Christian Ferrer

Colección Crítica

Ediciones Godot

Christian Ferrer, El entramado : el apuntalamiento técnico del mundo . - 1a ed. - Buenos Aires : Ediciones Godot Argentina, 2011. 128 p. ; 20x13 cm. ISBN 978-987-1489-32-9, 1. Ensayo Filosófico. I. Título. CDD 190

El entramado

Christian Ferrer

Corrección

Gimena Riveros

Diseño de tapa e interiores

Víctor Malumán

Ediciones Godot ©

Colección Exhumaciones

www.edicionesgodot.com.ar

info@edicionesgodot.com.ar

Buenos Aires, Argentina, 2015

[Facebook.com/EdicionesGodot](https://www.facebook.com/EdicionesGodot)

[Twitter.com/EdicionesGodot](https://twitter.com/EdicionesGodot)

Impreso en Bonusprint, Luna 261,
Capital Federal, República Argentina,
en marzo de 2015

ÍNDICE

El círculo vicioso.

Técnica y desarrollo / 05

El sufrimiento sin sentido

y la tecnología / 11

Entregarse uno mismo. Acerca de la Ley
del Donante Presunto / 3

El nido roto. Globo y nación / 38

La letra y su molde. Sobre la escritura,
la lectura y la tecnología / 47

La tableta de luz / 61

Medio mundo. Un identi-kit / 65

Clavos miguelito. Acerca de las formas de
la guerra en las redes informáticas / 69

Una opinión con respecto a los blogs
culturales / 75

Cincuenta años y millones de píldoras
después / 79

Sexo propio. El desnudo en televisión / 83

El día de la escarapela / 87

Circos romanos de la felicidad. Técnica,
espectáculo y bienestar / 95

El sueño incesante / 113

High Tech / 121

EL CÍRCULO VICIOSO

Técnica y desarrollo

Los dioses siempre han sido necesarios en el mundo. Existieron en la era de la caza, en la de la agricultura y existen aún en la de la industria, aunque su consistencia actual es mecánica más que instintiva. Lo que en otro tiempo fue llamado Zeus o Jehová o Gran Espíritu hoy se llama “Producción”, “Planificación” y “Tecnología”. Los nombres son otros y no poseen los mismos atributos, pero son equivalentes. ¿Por qué estos dioses y no otros distintos, o bien previos, como los teogónicos? Porque son consustanciales a la voluntad de dominio que brota de la horma técnica del mundo. Y mientras más empeñosamente subestimemos el poder y la furia de estos nuevos dioses tanto más seremos sus víctimas propicias, porque son émbolos titánicos que transforman todos los bienes en mercancías, sin excluir el clima ni el gen. La abundancia, sofisticación y utilidad de estas mercancías no son prueba de nada: hay una forma de tener razón una vez que se ha adoptado el cálculo y el dominio como sistemas de pensamiento.

La dinámica de este proceso ha sido la del “desarrollo acelerado de las fuerzas de produc-

ción”. Considérese el rango de la expansión: el rastreo y la extracción de energía en todo el planeta, el aumento del poder destructivo de las armas de guerra, la objetivación científica de la naturaleza, la destrucción de los paisajes, la superabundancia inútil de objetos de consumo, la producción por la producción en sí misma. Todos ellos son acuciantes de un desmadre cuyas consecuencias dañinas sólo ahora pueden ser contempladas panorámicamente en los cuatro puntos cardinales. En su momento, los primeros signos de la contaminación de los ríos o del “cambio climático” no parecieron ominosos. Toda alerta era minusvalorada y descartada a título de exageración y en nombre de mantener estabilizado el optimismo general. Por otra parte, hacer cesar el modelo de desarrollo, que es el sustrato del problema, era una alternativa que no estaba a disposición.

De modo que todo confluye en la figura del círculo vicioso. Siendo el nivel máximo de industrialización alcanzado la unidad de medida comparativa del éxito de una sociedad dada, entonces el poco agraciado marbete de “subdesarrollada” recaerá sobre toda nación que sea aún periférica al centro motor del así llamado “progreso”. Su destino de país se reduce a convertirse en satélite o en esforzado imitador, y acelerar sus órbitas transformacionales a fin de no perder el paso, sin importar las bajas humanas que se acumulen en el proceso. También los antropólogos del siglo XIX

clasificaron a las sociedades tribales tomando como rasero a los países evolucionados, es decir los europeos. Lo último era lo óptimo, esto es, las democracias industriales. Los pueblos indígenas fueron catalogados según su grado de ilustración y de racionalidad de su sistema de gobierno. Casi todos terminaron cabiendo en el anaquel del analfabetismo y la barbarie, cuando no en el de la horda originaria. Pero nunca hubo épocas mejores en el pasado así como nunca las habrá en el futuro, a menos que se cambie el parámetro de la felicidad, es decir el modo de soportar el presente.

Hasta este momento el análisis de la matriz técnica del mundo ha sido traído a colación mayormente en aras de movilizar políticas laicas y desarrollistas, que no excluyen la ritual recomendación de aplicar apósitos a fin de suavizar los daños colaterales. Y si bien es cierto que las condenas arrojadas sobre los aspectos desalmados del mundo fabril fueron habituales desde la mitad del siglo XIX, y que socialistas de todos los colores descollaron en la denuncia de las “lacras” del sistema capitalista, raramente las figuras del trabajo, del “productor” y del expolio de la naturaleza en beneficio del “progreso” fueron raídas hasta la osamenta, salvo en lo que respecta a su estatuto de propiedad o a su transitoria inhumanidad. La postal del futuro siempre se pareció a una sociedad industrial justa, armónica y algo automática. En eso coincidieron las ideologías predominantes

a lo largo de los siglos XIX y XX.

Si se pudiera imaginar un vínculo más hospitalario entre técnica y desarrollo, diferiría de la demanda de estatización de fábricas y oficinas o de actualización de conocimientos científico-tecnológicos o de desarrollo nacional acelerado. El destino de las tecnologías no se resuelve en su “buen uso” o su “mal uso”, o en la usura que a ellas podrían extraerle regímenes “capitalistas”, “socialistas” o “nacionalistas”. La matriz técnica es un régimen de poder en sí mismo y los usuarios de la misma no conciben otra posibilidad ni tampoco se fugan porque la máquina es un principio de orden que los complace en tanto y en cuanto ella misma es emblema de la voluntad de poder que dimana de la idea de energía, un poder que es “voluntad de voluntad”, es decir que se impulsa a sí mismo. Ese es el émbolo rector del mundo.

Cuando las consecuencias de los desastres ecológicos se vuelven evidentes e ineludibles, a políticos y tecnócratas no se les ocurre otra solución que no sea, en sí misma, técnica. Por ejemplo, se extinguen los animales de una región por causa de los desmontes de bosques, y en lugar de buscarse y erradicarse las causas del arrasamiento de la vida animal se anuncia que sería factible clonar el último ejemplar aún vivo de una especie para que los escolares puedan visitarlo en el zoológico. O bien, se construyen edificios de fachadas vidriadas por razones estéticas, pero los veranos,

cada vez más tórridos, hacen imprescindible refrigerar artificialmente a los ambientes doblemente caloríferos por causa de la acción del clima y del vidrio en sí mismo, pero he aquí que los aparatos de aire acondicionado emiten gases que aumentan el tamaño del “agujero de ozono”, promoviéndose entonces el calentamiento global del planeta, cuyo paliativo vienen a ser más aparatos de “aire acondicionado”. Es forzoso que la supervivencia de toda tecnología esté asociada al tipo de sociedad en la que “entra en juego”. Aunque una técnica específica haya sido inventada para “mejorar” a la humanidad, la inserción institucional o crematística de la misma acaba imponiéndole mandatos ajenos a la voluntad o falta de voluntad de su descubridor.

La fácil accesibilidad a las tecnologías no quiere decir que su significado sea evidente por sí mismo. No son neutras y ciertamente proponen una pedagogía que facilita la adaptación dúctil de los seres humanos al sistema de engranajes que da forma al mundo. Pero cada tecnología arrastra, también, una historia de daños. No se hace buena sociología de la técnica si se reduce la historia de las tecnologías a la acumulación de datos sobre su procedencia genealógica. La nuestra es una de las primeras generaciones que está traspasando al porvenir problemas no fácilmente resolubles: la contaminación de ríos, lagos y mares; los desmanes suscitados por el cambio del clima; la vida “útil” de los desechos radioactivos; etcé-

tera. Cuestiones que hace apenas veinte o treinta años eran desestimadas a título de alarmismo ideológico hoy son la cruz de la época. En apariencia, el “confort” y el “progreso” justifican el precio a pagar. Eso parece razonable, pero quienes pagan ese costo son los que están al final de la fila. Nosotros padecemos los errores de nuestros antepasados y quienes vengan más adelante padecerán los nuestros, porque los acontecimientos del pasado alguna vez todavía estaban en el futuro. Hasta ahora los signos de arrepentimiento por el daño causado son todavía escasos y por eso mismo se siguen entregando poderes inmensos a autoridades y a expertos que combinan destrezas tecnológicas muy sofisticadas con principios políticos, religiosos y morales paupérrimos.

EL SUFRIMIENTO SIN SENTIDO Y LA TECNOLOGÍA

Dolor

Arthur Schopenhauer podría haber condensado sus objetivos filosóficos en estas dos vigas maestras: “decir verdades implacables” y “proponer máximas curativas”. Leerlo, aún hoy, desploma la idea que nos hacemos de la existencia y las dosis de tonicidad anímica que se destilan de sus enseñanzas no alcanzan a disolver el pesar —o el pavor— en ellas comprimido. En 1819, Schopenhauer dio a conocer un sistema de pensamiento sostenido en la convicción de que la palabra vida es un eufemismo por sufrimiento y que tal condición es inmutable e ineliminable de la existencia. El dolor puede cambiar de forma, pueden transformarse los contextos que lo espolean, puede trastocarse la jerarquía de los problemas que se descargan sobre la humanidad, pero el eje doliente que hace rotar al cuerpo humano se mantiene en constante vibración. Los deseos, esperanzas y proyecciones que animan la vida cotidiana resultan ser, a fin de cuentas, instrumentos de tortura. Quien codicia objetos, eventos o el afecto de otras personas saca un pa-

saporte a la frustración porque la lucha por conseguirlos hace padecer, y una vez acaparados no redimen el sufrimiento. Schopenhauer acepta que la vida también supone alegrías y placeres, pero concluye, inflexible, que la densidad de padecimiento es siempre superior a los breves e inciertos goces conquistados. Siendo la voluntad encarnada el nudo antropológico fundamental, cualquier intento de desovillarla a través de mecanismos ajenos a esa encarnación conduce al fracaso, incluso al agravamiento de la condición sufriente de la especie humana. Sea la intervención estatal o la adhesión a una religión o la intención de transformar al mundo mediante enroques políticos o la industrialización acelerada o el suicidio, ningún esfuerzo fructificará. Lo único aconsejable, en su sistema filosófico, es desear lo menos posible, algo imposible, pues la voluntad de vivir es ciega e impetuosa y sólo puede pujar en forma radial, sin porqué y sin derrotero alguno.

Cuando Schopenhauer publicó estas ideas en *El mundo como voluntad y como representación*, la época moderna estaba aún en su infancia. El panorama al que llegaba todo recién nacido era áspero y cuesta arriba: la revolución industrial y la guerra omnipresente conformaban un juego de pinzas que ponía sitio al cuerpo y lo sometía a pruebas de desgaste. La industria farmacéutica estaba en pañales; no existía un sistema de seguros contra riesgos; no se había descubierto la aneste-

sia ni nada se sabía sobre las virtudes de la asepsia hospitalaria; las operaciones quirúrgicas eran poco menos que batallas campales entre cirujano y paciente; no había vacunas; tampoco sesiones psicoanalíticas; los servicios higiénicos urbanos eran el sueño de algunos reformadores públicos; en fin, la desprotección del cuerpo era inmensa y la incertidumbre emocional enorme. El “tedio vital” se suma a la enumeración. La intemperie, no obstante, era más “natural” y tolerable que en su versión actual. Se dirá que por entonces era inútil imaginar un estado de ánimo amenguado de sufrimiento, ni siquiera teniendo en cuenta las innovaciones técnicas que ya hacían retroceder los palacios que la naturaleza, el desinterés estatal y la fatalidad descargaban sobre la fragilidad humana. Ahora, doscientos años después, los voceros de época insisten en que los avances médicos y asistenciales ya pueden ser descontados de las deudas que la ciencia y la técnica tenían con el dolor colectivo. Pero las miradas arrojadas desde la barandilla de popa del progreso continúan empañadas por prejuicios y expectativas que provienen de un futuro no verificado todavía.

Una curiosa frase de Friedrich Nietzsche, escrita sesenta años después de la publicación del libro de Schopenhauer, permite precisar la cuestión. En *Genealogía de la moral* se lee: “En los tiempos antiguos se sufría menos que ahora, aun cuando las condiciones de vida hayan sido más

violentas y los castigos físicos más crueles”. No es una paradoja o un capricho conceptual, sino una puntualización ontológica acerca de la sensibilidad moderna. A la personalidad que se le corresponde se la podría definir “sentimental”. Sentimental significa que durante el proceso de formación del carácter no se le proporcionaron al hombre moderno herramientas espirituales aptas para hacer frente a desastres existenciales o bombardeos en profundidad a su dote psíquica. De modo que los dilemas y problemas propios de la experiencia urbana, la jornada laboral, el desajuste familiar o desgracias mayores, sólo podían ser insuficientemente “encajados” o digeridos, transformándose entonces en la nutrición del desaliento, el resentimiento o la depresión. En la época de la vulneración organizada de la subjetividad, el cuerpo deviene muñeco de vudú.

En otros tiempos, se permanecía en constante intimidad con el sufrimiento a la vez que la causa del mismo era identificada en un “afuera” nítidamente reconocible: invasores, poderosos, la ira de Dios. Hasta no hace demasiado tiempo se disponía de una serie de tecnologías de la subjetividad destinadas a fortalecer el alma con el fin de “pertrecharla” para el inevitable encuentro con el dolor. La disciplina de los guerreros, la ascética religiosa o la concientización del militante aprestaban la personalidad con el fin de que no se desorientara ni desesperara en caso de que comba-

tiente, creyente o revolucionario quedaran atrapados en territorio enemigo. La tonificación del carácter permitía “retomar control” sobre la vida descalabrada. La resistencia espiritual luego de lo inevitable, en aquellos tiempos, era considerada un bien. El cuerpo encajaba el impacto pero era el alma la que regulaba la desesperación y administraba los estragos que la experiencia de la ofensa, el agotamiento, la confusión o la mortificación infiltraba en el ánimo. La ascética religiosa preparaba al creyente para estar afianzado ante las tentaciones que acechaban a la “carne”. Se promovía una cierta impasibilidad frente a los infortunios, cuanto menos fortaleza en la resignación: la “rueda de la fortuna” tanto puede favorecernos como sernos esquiva. Se trataba de recuperar el control, de volver a sí mismo, de tener “poder sobre sí”.

El síntoma de la actualidad se revela en la necesidad de huir del dolor, que se corresponde con el temperamento adictivo de esta época. Esa fuga se vuelve desorganizada y contraproducente en tanto y en cuanto no se ha pertrechado al alma para administrar la experiencia del sufrimiento. Esta negligencia se hizo posible porque el cuerpo devino en valor mercantil de primera importancia, sea como fuerza de trabajo en el ámbito laboral o como apariencia en el mundo diplomático de las relaciones interpersonales, como mercancía carnal o como disposición performativa a protagonizar todo tipo de trámites sociales. Sin embargo,

se carece de defensas eficaces ante el sufrimiento. El cuerpo, en vez de servir de “escudo”, recibe el impacto del dolor en todos los poros a la vez y la subjetividad dañada sólo puede aspirar a la ayuda que pueda ser proporcionada por asistentes tecnológicos. La mutación de significado sufrida por la palabra “confortación” se hace llamativa. Dos siglos atrás, consolar y amparar a una persona devastada por la tragedia o acongojada por un revés de fortuna suponía que otros estuvieran formados espiritualmente para asistirle y toda una serie de tecnologías afectivas y espirituales obraban desde muy temprana edad a fin de dar forma al alma caritativa. Un siglo después, y en una línea de evolución que llega hasta la actualidad, la idea de “confortación” se licuó en la palabra “confort”, que se refiere menos a una actitud espiritual que a una serie de comodidades domésticas o urbanas.

La importancia del confort en la época moderna no debe ser minimizada, pues ha sido investido con la misión de resguardar a la personalidad de las inclemencias de la vida industrial y urbana, escenarios donde el sufrimiento ondula como un “arma arrojadiza” que es arrojada sobre cualquiera. Pues el dolor sólo culpa a uno mismo, en tanto se es incapaz de gestionar una subjetividad satisfactoria. Como la lucha por abrirse paso y acumular es la contraparte y copartícipe de la época sentimental, el refugio de la intimidad permite eludir momentáneamente los mandatos despiadados de

los procesos laborales o del *pas de deux* de la venta de la “apariencia”. La tecnología ofrece confort a este ser asediado y le concede esparcimiento, excitación planificada y narcotización hogareña en un mundo destemplado. La costumbre y anhelo del confort asume la función que en una época anterior correspondía a las prácticas consolatorias, cuando al dolor se le ofrecía un sentido trascendental. En tanto la modernidad supone un tipo de vida que acopla cuerpo y máquina, el tipo caracterológico de ser humano que ha sido necesario definir y construir a fin de poner en marcha la maquinaria social tecnificada debió corresponderse, a la vez y en un mismo movimiento antinómico, tanto con el temperamento sentimental como con la carne de cañón de la sociedad industrial. Pero, en una etapa anterior, la esencia de la confortación no residía en nada técnico. No podía ser sustituida por comodidades, entretenimientos, juguetes industriales o saberes científicos. Era un movimiento del ánimo, no una cápsula blindada.

El potente inicio de la industrialización del mundo no sólo hizo proliferar la electricidad, la información y el átomo; también se abandonó a millones a la buena de Dios. Esas multitudes serían insertadas masivamente en organismos de rango estadístico: sindicatos, empresas de seguros de vida o de tarjetas de crédito, en cajas jubilatorias, obras sociales, vacaciones entendidas como “derecho”; o bien serían vinculadas orgánicamen-

te con la industria farmacéutica o con hipotecas bancarias que proyectan una forma del habitar. Cuando ya no se hacen diferencias estratégicas y operativas entre alma y cuerpo son los “amortiguadores artificiales” los que permiten tolerar el contacto con el dolor. Ante la máquina de excitación urbana, sólo cabía blindarse a fin de eludir experiencias vitales que pudieran generar sufrimiento. Y cuando evitarlas se revelaba imposible, los placebos y amortiguadores que la evolución científico-técnica ofrecía eran el recurso más a mano. El confort se transformó en el espacio ideológico y práctico de comprensión de la tecnología. Operaba a modo de pase mágico. Esta idea es propia de la sensibilidad actual, para la cual la casa es un “estuche” protector de la personalidad. Como pliegue personal, la privacidad protege o acomoda a la personalidad a lo largo de la “lucha por la existencia” y en sus dominios la tecnología se transforma en puerta de acceso al esparcimiento y en garantía de vida confortable, en “colchón” del sufrimiento. Los artefactos tecnológicos, especialmente los domésticos, deben ser considerados menos aparatos funcionales que organizadores “psicofísicos” de la existencia amenazada, como superficies somáticas que reorganizan la experiencia sensorial y psíquica.

Técnica

La asunción de que el cuerpo es la última y radical verdad de la existencia y de que la satisfacción sensorial es un imperativo y no una opción da forma a la idea actual de la felicidad. En ausencia de un ideal de bienaventuranza eterna, dos modos de conectar subjetividad y felicidad lo sustituyeron. Por un lado, la codicia y consecución de mercancías. Como la energía y la dinámica del capitalismo tienden a transformar cada vez mayores cantidades de bienes en mercancías intercambiables, también el cuerpo humano es arrastrado por la pasarela. La mercancía devino tasa de medida de la cuota de felicidad de que se dispone en un momento dado de la vida y por eso deben ser accesibles a cualquiera, sustituibles, y presentadas de modo tal que permitan imaginar experiencias propias de un sueño idílico. El otro modelo de felicidad concierne a los placeres sensoriales, siempre sometidos a restricciones específicas. Las reglas de mesa, de urbanidad, de comportamiento “civilizado”, de acercamiento y distancia, de experimentación erótica, establecen fronteras e instrucciones de uso que son fuente de frustración y que, por su parte, nunca dejaron de colisionar contra los impulsos hedonistas que el propio capitalismo fomenta.

Ahora la demanda de mayores placeres para el cuerpo es urgente y pregnante, lo que supone el

fomento de conflictos psicológicos, demandas políticas, industrias emergentes y un mayor escepticismo con respecto a la ascética “protestante”. Las ansias de felicidad ya no están lanzadas hacia un eventual progreso de la civilización, ni siquiera en torno a la economía personal planificada y acumulativa. La exigencia de felicidad está cronometrada por el minutero y entre sus consignas se cuentan la detención del deterioro corporal y de la extenuación cotidiana. Justamente, la tecnología del siglo XX tuvo como misión impedir el desplome físico y emocional de la población. Los artefactos domésticos, la mejora en el instrumental hospitalario, la farmacopea de tipo “psicosomática” y el desarrollo de la industria del seguro personal son algunos de sus logros. Sin embargo, esos sostenes de la vida amenazada ya eran sucedáneos decididamente insuficientes hacia la década de 1960.

Como lógica consecuencia de la confianza que desde antes se había depositado en la ciencia, ahora las industrias delineadoras del cuerpo absorben la expectativa de anulación del sufrimiento. Las utopías sociales del siglo XIX se propusieron eliminar, en lo posible, el dolor. La ciencia pretendió doblegar el poder de la naturaleza sobre la vida humana. El ejemplo más habitual lo expone la consulta diaria al pronóstico del tiempo, y el más actual, la medición del grado de abertura del agujero de ozono. También las ciencias sociales ambicionaron reducir el sufrimiento causado por

el orden laboral y la conflictividad urbana. Dos pretensiones utópicas: reducción del poder del azar; reducción del rango de la injusticia social. A medida que otras ilusiones de cura de la infelicidad de desvanecían (la política revolucionaria, el psicoanálisis, las filosofías existencialistas), las innovaciones científico-técnicas se volvían más y más esperadas, y también más “amigables”, tanto más cuando se había perdido el equilibrio entre los campos de acción posibles.

Un rasgo que diferencia al siglo XX de su inmediato anterior es la relación desfasada entre la técnica y la ética. La evolución de la tecnología es hoy mucho más rápida que las novedades traídas por el arte, la moral o la política. Se ha invertido la ecuación del siglo XIX. Entonces, la máquina de vapor, el tren, el telégrafo y el dirigible fueron considerados poco menos que frutos de una inagotable cornucopia mecánica. Sin embargo, las innovaciones estéticas y políticas eran, en el siglo XIX, mucho más vertiginosas. Basta recordar que entre 1860 y 1910 el impresionismo, el puntillismo, el simbolismo, el fauvismo, el cubismo y el futurismo renovaron rápida y sucesivamente a los modos de ver obras pictóricas. En el siglo XIX aparecen y se despliegan por Occidente el liberalismo, el antiesclavismo, el socialismo utópico, el sindicalismo, el republicanismo, el marxismo, la socialdemocracia, el nacionalismo, el anarquismo y el sufragismo feminista. El

siglo XXI vive aún de la usura de los inventos políticos del siglo XIX. Pero en el siglo XX los saberes científicos y las innovaciones tecnológicas avanzaron a un ritmo mucho más acelerado y la política, la ética, e incluso el arte, apenas pudieron seguir sus pasos. Por eso la experiencia del confort sigue siendo el ideograma con que se tamiza la comprensión de la tecnología, tanto en lo que se refiere a nuestra consideración y consumo de las comodidades comunicacionales o de los alimentos de góndola genéticamente modificados. Recurriendo a una vieja idea de Trotsky, se diría que el mundo experimenta actualmente una agudización del desarrollo desigual y combinado entre moral y técnica.

Una brecha tal promueve mutaciones en la imaginación. En las últimas décadas, el vínculo imaginario entre ciencia, técnica y colectividad se desplazó significativamente. La energía atómica y la conquista del espacio cedieron su privilegio a otra configuración organizada en torno a la informática y la biotecnología. Todavía hasta el final de la guerra fría la “bomba” atómica y el “cohetes” lanzado al cielo eran símbolos de época. La “llegada del hombre a la Luna” consumió un trayecto largamente ambicionado y hasta las potencias regionales menores pretendieron enriquecer uranio a granel. El impulso que conducía a la producción de arsenales atómicos y de vehículos espaciales era potenciado por ideas encarnadas en estados pode-

rosos que movilizaban la imaginación mundial en favor o en contra de una de las dos mitades en que había sido repartido el planeta. Pero en 1967, por primera vez, el corazón de una mujer fue transplantado a un hombre que sobreviviría por poco tiempo. Veinticinco años después las computadoras personales estarían esparcidas por todos los ámbitos de la acción humana. En el cruce de épocas se muestra la clausura de un tipo de imaginación motivada por la guerra y el miedo y otra que inicia nuevos vínculos entre cuerpo, ética y tecnología. Los trasplantes de órganos y las cirugías estéticas, o bien el acceso a Internet, a diferencia de emprendimientos tan costosos y dirigidos estatalmente como la fabricación de bombas de hidrógeno o de naves espaciales, son experimentados a título de satisfacción personal. El viaje a la Luna y la amenaza atómica total fueron los frutos de la Guerra Fría, del gigantismo social y de la competencia ideológica, pero el ansia actual de perfeccionamiento estético-tecnológico resulta ser un sueño banal, aunque el malestar que pretende apaciguar nada tenga de superficial.

La insatisfacción existencial con respecto a la forma del cuerpo, a sus imperfecciones, es el irritador que más estimula la progresión del desfasaje. Pero la pregunta por los valores deseables exige hoy analizar en qué medida se trata al cuerpo como un objeto, como “algo” sobre lo cual es lícito intervenir técnicamente. Desvanecido o

deslegitimado el orden sagrado que durante siglos dio sentido a los padecimientos, y más adelante, perdida la centralidad de que disfrutaron las filosofías de la historia y de la conciencia, entonces el sentido de la desdicha subjetiva quedó en suspenso y buscó un nuevo sostén, ya no aferrado primordialmente a la construcción o indagación de una “interioridad”. La obsesión por la belleza, el cuerpo saludable, la postergación del envejecimiento y la aspiración fantasiosa a engatusar a la muerte indefinidamente responde a causas hoy difícilmente resolubles. Dado que se exige del cuerpo humano pruebas continuas de su performatividad emocional, su exposición es intensa, y los riesgos implicados, inevitables. De allí que la metamorfosis de la cirugía reconstructiva de la piel en intervención estética muestre el desvío que va de un saber asociado al accidente laboral o la herida de guerra hacia la sofisticación cosmética así como la evolución que llevó del trasplante de corazón y del implante del marcapasos al injerto de siliconas y el recetario de antidepresivos revele la mutación de la necesidad imperiosa de sobrevivir en ansias de inserción social. Si, por un lado, la articulación entre afán de belleza y tecnología quirúrgica evidencia los temores actuales a la carne corruptible, por el otro revela la preocupante emergencia de “biomercados” y de incipientes disputas comerciales acerca de la “propiedad” del material genético. El capitalismo ya reclama, en sentido estricto, su “libra de carne”.

Placer

Abundan tanto que ya no sorprende su rápido despliegue y exitosa implantación. Son las industrias del cuerpo. La farmacopea de la felicidad, las sucesivas generaciones de antidepresivos, las mareas de pornografía, los enclaves urbanos en los que se formatea el cuerpo, revelan síntomas a la vez que experiencias bienvenidas. Su profusión adquiere sentido en sociedades altamente tecnificadas que promueven el valor de intercambio del cuerpo. De modo que cumplen tareas de amortiguación. El origen de estas industrias de la metamorfosis carnal puede ser rastreado en efectos no-previstos nutridos al rescoldo de los acontecimientos pugnantes de la década de 1960: la Guerra de Vietnam, la Revolución Cubana, las batallas por los derechos civiles de las minorías, la descolonización del África y del Asia. Pero aquella también fue época de desobediencias culturales cuya resonancia sería duradera y que harían lugar al reclamo de experimentación en temas de libertad sexual, uso del cuerpo y placer cotidiano. Una vez que los programas políticos maximalistas de entonces se marchitaron o fueron absorbidos por agencias gubernamentales, quedó en pie, rampante y acuciante, la demanda de cambio de costumbres. El “juvenilismo” licuó a las filosofías de la historia y huir del dolor se transformó en anhelo urgente.

Una opinión corriente supone que aquellas amplitudes libertarias condujeron al actual “libertinaje” y a una obscenidad digna de emperadores romanos. Los voceros de la iglesia y de grupos conservadores peticionan por restricciones al desenfreno. Otro discurso, aparentemente contrastante pero en verdad simétrico, enfatiza que el “libertinaje” es un efecto desagradable aunque disculpable causado por la ampliación de las libertades cotidianas, y promueve el uso responsable de la permisividad en asuntos sexuales y equivalentes. Ambos comparten el eje alrededor del cual polemizan. El proceso puede ser invertido: como hace décadas que las costumbres se han vuelto obscenas entonces se hace necesario un género específico que las represente. Ese género es la pornografía y su evolución difícilmente sea comprendida si únicamente se presupone una época tolerante. La esencia de la pornografía no se evidencia tanto en el primer plano anatómico como en su promesa de felicidad perfecta. En tanto la demanda de goce se vuelve creciente tanto más se hacen imprescindibles las ortopedias garantizadoras de placer. Se ha pasado de la relajación selectiva de los umbrales del pudor, que en la década de 1960 estuvo condensada en grupos juveniles, bohemios o radicalizados, a una amplia porosidad que desdibuja los tabúes establecidos sobre el uso del cuerpo.

Tradicionalmente, el diferenciador social

por excelencia era el dinero, a su vez reemplazo del honor estamental. En una coordenada vertical en la que eran arrojados todos los recién nacidos, la posesión o desposesión de riqueza regía el destino. Quien disponía de fortuna, pasaba por la vida pertrechado de placeres y comodidades. Quienes subsistían en la parte inferior de la coordenada sólo podían esperar, luego de una lucha intensa en el campo de batalla definido por la economía, ascender unos escalones de la pirámide. El resultado era incierto. Pero en los últimos cuarenta años otra coordenada que recién comienza a desplegarse inserta a las personas en otro diferenciador social, que se cruza con el anterior: la coordenada que contiene valores definidos por la belleza y el cuerpo joven. Quien dispone de esos atributos y de un mínimo de audacia puede ascender socialmente con inusitada celeridad, posibilidad que antes estaba sometida a variadas restricciones. El mundo de la prostitución de lujo podría ser considerado un laboratorio que apuntala y extiende esta coordenada. Pero quien está ubicado en el otro extremo, y mucho más si carece de otros recursos, se encuentra sometido a intensas presiones que sólo pueden agravar su malestar existencial. Pero justamente las industrias del cuerpo se dedican a compensar la posición desfavorecida de quienes están ubicados en el extremo débil de la nueva coordenada. Antidepresivo, viagra, cirugía estética, turismo

sexual, diagnóstico de preimplantación seguido de anhelos de remodelación de la dote genética de quien aún no ha nacido: tales son las ofertas actuales de amortiguación del sufrimiento. Los flujos de capital se encuentran con los flujos libidinales sobre una mesa de disección del cuerpo.

La pornografía es un género que ha recorrido una larga marcha: de la vieja literatura “sicalíptica” destinada a ser leída en retretes a la fotografía y los peep-show en blanco y negro a la revista arrojada en celofán en kioscos al video alquilado o comprado por correspondencia a los canales codificados de televisión paga a los sitios gratuitos proliferantes en la red informática. La emancipación de la pornografía no fue obra de sus aficionados sino de la necesidad colectiva de identificar un género que diera cuenta de nuevas experiencias y expectativas sensoriales. Y la esencia del género se condensa en un anuncio de felicidad compartida. Habitualmente, y si se dejan de lado algunos extremos criminales, los actores pornográficos son felices y su mensaje es que todos merecen el derecho igualitario al orgasmo, sin distinción de sexos, razas o clases sociales. Más específicamente, la pornografía puede ser englobada en un género mayor, al cual podemos llamar “idilio”, aparecido en el siglo XVIII. En la tradición del idilio, el vínculo entre los enamorados, o entre un héroe popular y sus seguidores, no podía ser amenazado por ninguna peripecia. Curiosamente, la pornografía comparte

esta ambición armónica con los programas infantiles, en los cuales el conflicto está prohibido, o bien con las antiguas visiones del jardín del Edén.

Sin embargo, la mayor parte de la población mundial carece de acceso a la pornografía, o bien íntima con ella en dosis poco significativas. La interpelación procede en forma indirecta. La pornografía se presenta en sociedad promoviendo una curvatura, haciendo presión sobre costumbres y expectativas sociales: sobre la dieta alimenticia, el trabajo de gimnasio, el consumo de juguetería erótica, el diseño de moda, y sobre otros géneros mediáticos, en cuyos bordes proliferan decenas de industrias para un mercado emergente: del *sex-shop* a la cirugía estética, de la liposucción a la selección de promotoras de mercancías, del rastreo científico de los genes del placer a la autoproducción de la apariencia, bien para el orden laboral bien para animar fiestas de quinceañeras. El etcétera es largo y las molestias e inconvenientes que estas gimnasias suponen son sobrellevadas porque se las percibe como sufrimientos dotados de sentido. Desde 1960, cuando se lanzó al mercado la píldora anticonceptiva, esas industrias han tomado al cuerpo de la mujer como campo estratégico de experimentación y quizás como efecto del proceso ahora la curvatura pornográfica comienza a intimar con la imaginación erótica femenina. Pronto llegará el momento en que el orden masculino demandará amparo a fin de eludir la calamidad subjetiva. Así

como el proyecto “genoma humano” pretende alcanzar la última e infinitesimal célula del cuerpo humano, la pornografía indaga los confines de las nevaduras del placer. En ambos casos, se promete felicidad garantizada: descubrir y anular el gen de la gordura o la calvicie; actualizar y perfeccionar el kamasutra.

Una serie de acontecimientos brotados en torno de las rebeliones subjetivas de la década de 1960 hicieron confluír las tecnologías del cuerpo con demandas acuciantes de felicidad. Placer, sufrimiento, políticas de la vida y tecnologías de la subjetividad se constituyen en las piezas de una máquina social aún no ensamblada del todo. No sólo la “libertad de cátedra” sino también la “curvatura pornográfica” y la necesidad de “amortiguación subjetiva” ante la intemperie del mundo movilizan la investigación y producción de prótesis tecnológicas. Las consecuencias de esas presiones recaen sobre distintas instituciones y costumbres. A modo de ejemplo: algunas innovaciones jurídicas de los últimos años promovidas por problemas de coexistencia en ciertos espacios se vinculan a esa presión, entre ellas las figuras jurídicas del acoso sexual o moral en el orden laboral. El crecimiento de la casuística judicial no sólo lanza amarras hacia la voluntad política y cultural del feminismo por evidenciar ultrajes de vieja data y por resguardar a la víctima; también hacia la promoción de una logística mitigadora de los